

Una desaparición narrada en retazos

“Los alcatraces”, de **Anne Hébert**, una novela plena de morbidez prerrafaelita

M. S. SUÁREZ LAFUENTE

Anne Hébert (1916-2000) fue poeta, dramaturga y novelista del Canadá de habla francesa. De familia de literatos, Hébert empezó a escribir muy joven y llegó a ser reconocida con los premios más relevantes de la literatura de su país, de Francia y de Bélgica. De las nueve novelas de Anne Hébert, cinco han sido traducidas al español: “Las habitaciones de madera”, “Kamuraska”, “Los hijos del Sabbat”, “Eloísa” y “Los alcatraces”.

“Los alcatraces”, su quinta novela, publicada en 1982 con el título “Les Fous de Bassan”, ganó el prestigioso Premio “Fémina” y fue llevada al cine por el director **Yves Simoneau**. Así mismo, “Kamuraska”, tercera novela de Hébert, publicada en 1970 y que marcó el comienzo de su fama, fue convertida en película por **Claude Jutra** con la colaboración de la propia autora, quien estuvo vinculada a la primera agencia cinematográfica canadiense, así como a Radio Canadá, y escribió numerosas obras para ambos estamentos.

Como le había sucedido a **Mary Shelley**, una serie de muertes prematuras en su entorno llevó a Hébert a poblar su escritura de abundantes metáforas e imágenes mórbidas, si bien expresadas en un lenguaje tan sutil y poético que da al drama un tinte nostálgico semejante al de los cuadros prerrafaelitas. La escritora mexicana **Alma Mancilla** alaba “la claridad del lenguaje de la autora, la potencia de sus metáforas, ese transitar como del sueño a la pesadilla y de tajo a la realidad otra vez”.

El lenguaje de “Los alcatraces” se define entre genésico y apocalíptico y, a tal fin, entremezcla citas de la Biblia que apelan directamente al sentido de muchos de los sucesos que se narran; no en vano la novela comienza con las reminiscencias del sacerdote de Griffin Creek, el pueblo semi-aislado del noreste de Canadá donde sucede la historia.

Hay también numerosas referencias a los cuentos populares y a los mitos, que consiguen unificar a los diferentes personajes y sus variadas maneras de entender la vida en Griffin Creek en un todo consistente e inquietante. El encantador de Hamelin, la mujer primordial hecha del limo o las gemelas reminiscentes de Hansel y Gretel son producto de una acción elemental representada en Nora Atkins: “Atrapo una manzana de la mesa de la cocina, la muerdo al viento y escupo las semillas en todas direcciones. Nacerán vergeles a mi paso casi por todas partes”.

Nora y su prima Olivia, jóvenes y articuladas, concitan el amor, el deseo, la vida y la muerte en Griffin Creek; a la vez rompen con su existencia la genealogía establecida en el pueblo de esposa, madre y abuela calladas y virtuosas, aunque su lenguaje gestual lo desmienta. Su primo Perceval, en su aparente locura, nos proporciona las claves para entender el devenir de los hechos.

La novela está dividida en seis partes, cada una narrada por un personaje diferente, unas pertenecen a 1936, cuando se producen las desapariciones, y otras al otoño de 1982, recordando el pasado. La última carta de la novela aclara lo sucedido y fusiona los elementos más persistentes de la obra en un “tableau” literario: “En el silencio que sigue comprendo que la calma y la belleza de la noche no han dejado de existir durante todo este tiempo. Solo el rugido de mi rabia pudo hacerme creer lo contrario”.

Recomendación: no leer el final hasta alcanzarlo.



Los alcatraces

Anne Hébert

Traducción de
Luisa Lucuix Venegas

Impedimenta, 248 páginas
22,50 euros

Un juego del escondite en busca de protagonista

Murakami plantea “Primera persona del singular” como un pasatiempo para confundir al lector con relatos autobiográficos

JOSÉ LUIS SALINAS

Haruki Murakami plantea en su último libro, titulado de forma premeditada “Primera persona del singular”, ocho relatos cortos en los que, como en todo su acervo literario, lo cotidiano se mezcla con lo inverosímil, lo sorprendente y, en ocasiones, lo mágico. En ese tipo de cuentos en que la vida mundana se ve salpicada de hechos que están fuera del común entendimiento suele ser fácil caer en el esperpento y, peor aún, en el ridículo. No es el caso, ni mucho menos. El japonés, eterno candidato al premio “Nobel” de Literatura, tiene armas de sobra para ni siquiera acercarse a esa línea divisoria y, por norma general, subjetiva. La singularidad de este libro es que lo que sí queda difuso es quién es el protagonista de cada uno de los relatos. Todas las historias tienen un hilo que las comunica: están escritas en primera persona. Del singular, como añade el título. Como si el propio Murakami hubiera querido erigirse en protagonista de sus propias e inverosímiles historias. Además, el autor va salpicando los relatos con sus obsesiones. A saber: el jazz, la música clásica, el sexo, el béisbol o los animales.

Todo para aumentar la confusión. Lo que Murakami plantea al lector es un juego para que busque quién es el verdadero protagonista de sus relatos. Un pasatiempo que es como un callejón sin salida. Como sus historias.

Dentro de ese juego literario, Murakami –totalmente adrede– introduce algunas historias plenamente autobiográficas. O, al menos, se supone que lo son, porque nada en la literatura del nipón, puede darse por sentado. En algunos de los relatos alude a sí mismo, a sus padres, a su infancia o a esa colección de aficiones que cualquier lector con experiencia en su obra puede identificar fácilmente. Pero el juego no acaba ahí. Murakami alarga el enredo de escribir en primera persona hasta el final. Hasta, diríamos, las últimas consecuencias. Aunque con alguna que otra trampa de por medio.

Por ejemplo, parece justo considerar muy poco probable –por no decir prácticamente imposible– que en un viaje al norte de Japón el escritor se encontrara en un hotel con un mono parlanchín que le contó –varias cervezas después– cómo se venga de las mujeres (humanas todas) de las que se enamora. Evidentemente, el amor nunca es correspondido. Pero Murakami lleva el juego hasta el extremo, tanto que el pro-



Historia de la tolerancia en España

Edición de Ricardo García Cárcel
y Eliseo Serrano Martín

Cátedra, 424 páginas, 20,90 euros

Pensar por los resquicios de la norma

Ricardo G. Cárcel y Eliseo Serrano examinan la historia de la tolerancia en España

JULIO ANTONIO VAQUERO IGLESIAS

Desechada aquella imagen que algunos historiadores quisieron difundir de una España medieval en la que las tres culturas y las tres religiones convivían en pacífica relación y convivencia, nuestra realidad histórica dominante durante siglos es la constatación de que la intolerancia definió nuestro discurrir. Y la expresión

de ello es el dominio y la acción de la Inquisición durante nuestras edades Media, Moderna y parte de la Contemporánea. (Hay que recordar que la Inquisición fue abolida definitivamente durante la Regencia de **María Cristina**, en 1834.) Pero ese dominio inquisitorial no obsta para que brotes de tolerancia en el pensamiento y en la práctica social también tuvieron su desarrollo en nuestra historia.

Existe, pues, una historia de la tolerancia en España apenas conocida que es el objetivo que desarrolla este libro colectivo que analizamos: “Historia de la tolerancia en España” (editado por **Ricardo García Cárcel** y **Eliseo Serrano Martín**). Su origen está en un coloquio celebrado en la Universidad de Zaragoza en diciembre de 2018 en el que se trató “de analizar los autores que practicaron o reivindicaron una resistencia y un pensamiento diferente al oficial, los espacios donde las prácticas cotidianas contradecían o se apartaban de lo normado y los resquicios por los que se fueron colando actitudes e ideas que asentaron a lo largo del tiempo la libertad de cultos, la tolerancia religiosa, la libertad religiosa y la tolerancia social” (pág. 11).

El texto lo constituyen pues las comunicaciones presentadas al referido coloquio, pero ree-